

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 7, 10-14): *La virgen está encinta.*

Salmo (23, 1b-4b.5-6): *«Va a entrar el Señor; él es el Rey de la gloria»*

2ª lectura (Romanos 1, 1-7): *Gracia y paz de Dios nuestro Padre.*

Evangelio (Mateo 1, 18-24): *Dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Jesús.*

Si nuestra fe no se apoya de veras en Dios, andaremos buscando siempre otras fuentes de seguridad.

El rey Ajaz, quiso ponerse elegante al no pedir una señal a Dios; en el fondo, sabía que, si lo hacía y el Señor le ofrecía una señal, tendría que hacerle caso, y, al parecer, se sentía más seguro con sus alianzas humanas que con el intangible apoyo divino. Dios le ofrece una señal que Ajaz tal vez no puede entender: **«la doncella va a concebir y a dar a luz un hijo al que le pondrá el nombre de Enmanuel»**. A Ajaz, que está pensando en la inminente destrucción de su pueblo a manos de sus enemigos, Dios le dice que hay esperanza de vida, que hay vida verdadera, porque Dios **«¡Enmanuel!»** está siempre con nosotros. Los cristianos hemos entendido que esas palabras no le fueron dichas solamente a Ajaz, sino a todos los que a veces preferimos nuestra justicia a la justicia divina, nuestra confianza en apoyos humanos en vez de nuestra fe en Dios.

Así lo entendió José al observar los cambios en el cuerpo de María y quizás en su estado de ánimo; tiene que ponerse a deliberar qué hacer ante semejante situación. José no grita, ni pregunta, ni reclama, sino delibera en silencio... conoce a María, confía en ella, pero el cambio es evidente... José, entiende que hay un camino que no puede recorrer; no quiere poner en evidencia a su querida esposa, pero tampoco puede quedarse indeciso y aceptar como hijo suyo al que sabe bien que no lo es. José, el hombre justo, decide dejarla en secreto.

Antes de poder consumir la decisión tomada, se le revelan nuevos datos que le eran hasta entonces desconocidos: **«Ella ha concebido por obra del Espíritu Santo»**. Su decisión debe cambiar. José acepta recibir a María en su casa y hacerse cargo del hijo que ella lleva en sus entrañas, precisamente porque él es un hombre justo.

En los textos evangélicos descubrimos que es Dios mismo quien ha decidido qué nombre llevará su hijo. Se llamará Jesús. Así se lo hace saber el ángel a María: **«Vas a concebir en tu seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús»** (Lc 1,31). Se trata del evangelio de la anunciación, de la primera gran noticia. Y hoy, así lo hemos escuchado en el relato evangélico, el ángel se lo hace saber a José: **«José, no temas, María tendrá un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús»**.

Dios ha decidido revelarse en su Hijo y ha querido hacerlo desde la elección misma de su nombre. Se llamará Jesús, pues ese nombre significa **“Dios salva”**. El Catecismo de la Iglesia católica, nos recuerda que **«el nombre de Jesús significa que el nombre mismo de Dios está presente en la persona de su Hijo, hecho hombre para la redención universal y definitiva de los pecados»** (n. 432).

Así pues, Jesús es **“Dios salva”**. Esa es su identidad y esa es su misión. Y Jesús hará honor a su nombre durante toda su vida. Sus palabras, su estilo de vivir y sus gestos serán la manifestación de que, en verdad, Dios es salvación. Así lo experimentaban las gentes que le buscaban para escuchar sus palabras llenas de vida; y los enfermos que se acercaban a él para poder tocarlo porque sabían que transmitía una fuerza que sanaba; y los discípulos que, atraídos por su persona, habían dejado de lado su vida para vivir al lado de la suya.

La experiencia que vivieron junto a Jesús fue tan intensa que, después, afirmarán que el nombre **“Jesús”** es el único que trae la salvación: **«No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos»** (Hch 4,12). Jesús mismo nos invita a pronunciar su nombre cuando oremos: **«Lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará»** (Jn 16,23).

Pronunciar con fe el nombre de Jesús puede significar, para cualquiera de nosotros, el inicio de una experiencia semejante a la que señala el evangelista Lucas, cuando nos cuenta que la multitud procuraba tocar a Jesús, **«porque salía de él una fuerza que sanaba a todos»** (Lc 6,19). ¡Qué mejor oración que pronunciar con amor el nombre de Jesús! Pronunciar su nombre y quedarnos ahí, con la certeza de que él nos ha escuchado, se ha detenido y nos mira; y experimentar que su mirada nos salva.

Se nos anuncia el nacimiento de un niño en el que **“Dios está con nosotros”**, esa es la buena noticia que anuncia Pablo, **«el Evangelio que se refiere al Hijo de Dios»**. Y que Pablo, como cada uno de nosotros, tiene el privilegio, la gracia, de anunciarlo a todos para llevarlos a la aceptación de la fe, para gloria de Dios.

En esta época de incertidumbres, de cobardía e indecisión, de fáciles acomodados, de acciones impensadas, de consecuencias no asumidas, de libertades sin estrenar, quiera Dios hacer que su Hijo venga al mundo gracias a hombres y mujeres de discernimiento serio y de decisiones coherentes con lo que Él nos va revelando a cada paso de nuestra vida.

Que María del Adviento, su madre y nuestra madre, nos enseñe a pronunciar el nombre de su hijo con el mismo amor que ella lo hacía.